

EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA DE DIOS

I. NUÑEZ DE CASTRO

Pablo VI en el discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II afirmaba: "A Cristo vivo debe responder una Iglesia viva. Si la fe y la caridad son los principios de su vida, es evidente que no se deberá descuidar nada para dar a la fe una gozosa seguridad y un nuevo alimento, para hacer eficaz la iniciación y la pedagogía cristiana indispensable a un tal fin; un estudio más asiduo y un culto más devoto de la Palabra de Dios serán ciertamente el fundamento de esta primera reforma".

Sin embargo, es bastante frecuente, que para muchos cristianos de nuestros días, que han sentido la llamada de la Iglesia "a familiarizarse sin peligro y provechosamente con la Sagrada Escritura y penetrarse de su espíritu", este acercamiento a la fuente de la Palabra se haga con angustia y no con esa "gozosa seguridad" de que nos hablaba el Papa. La dialéctica levantada entre la inseguridad y desazón que despierta en muchos la lectura de la Biblia y la fidelidad a la Iglesia, es desgraciadamente superada muchas veces con el abandono de su lectura, tranquilizándonos falsamente la conciencia con la afirmación de que no estamos capacitados para la asimilación de la Palabra. Es de desear en el pueblo cristiano un estudio más asiduo y culto de la Palabra de Dios.

Dios dispuso en su sabiduría revelarse a sí mismo y darnos a conocer el misterio de su voluntad salvadora. Este plan de la revelación se realiza con la intervención de Dios en la historia humana y en concreto en la historia del pueblo de Israel, orientada toda ella a Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda revelación. Los hechos y palabras del Antiguo y Nuevo Testamento constituyen el todo completo de la revelación, que deben entenderse en su totalidad y unidad reflejándose mutuamente la luz de Cristo resucitado en la Iglesia.

Siendo Dios el autor de toda la Escritura hay que prestarle la obediencia de la fe en la Iglesia. Esta confianza en Dios Padre nos lleva a afirmar con la Iglesia, que

todas y cada una de las partes de la Sagrada Escritura han sido inspiradas por el Espíritu de la verdad y por lo tanto están libres de todo error. Ahora bien, ¿cómo conciliar nuestra fe en la Palabra de Dios con el hecho de que la Biblia ha sido escrita por hombres, y contiene las limitaciones e imperfecciones de todo lo humano, que es esencialmente provisorio? Una mente sana de nuestra época no puede subrayar todas las afirmaciones del Antiguo Testamento. ¿No hay contradicciones entre las afirmaciones de las Ciencias Naturales y las afirmaciones que encontramos en la Biblia? Es más, ¿no hay contradicciones entre los mismos libros sagrados? Según el Libro del Exodo la permanencia de los israelitas en Egipto duró cuatrocientos años (Ex. 12, 40), sin embargo el Génesis nos dice que poco más de cuatro generaciones (Ge. 15, 16).

Los descubrimientos científicos de los siglos XIX y XX, y el método histórico aplicado al estudio de los pueblos del Oriente Medio, nos han hecho concebir una visión del mundo y de la Historia muy diferente a la del pueblo de Israel. El libro de Daniel, por ejemplo, presenta a Baltasar como hijo de Nabuconodósor (Dn 5,2), cuando en realidad su padre fue Nabonid cuarto sucesor de este rey.

La Geología nos revela las etapas sucesivas de la aparición de la vida y el mismo hombre no espaca a la ley de la evolución. De la misma manera el avance de las ciencias históricas nos hacen dudar de la realidad histórica de ciertos hechos tal como se desprenden de una lectura sencilla de la Biblia. En el libro de Josué se nos narra la destrucción de Ai y Jericó por Josué (Jos 6-8); a partir de los datos que nos presenta la arqueología moderna difícilmente pudo Josué aniquilar estas ciudades, pues en su tiempo llevaban más de un siglo en ruinas.

Toda esta polvarada levantada por la tensión, inspiración e inerrancia ha tenido como consecuencia plausible el estudio detenido del hecho de la revelación, palabra de Dios encarnada, en la que se nos da “con fidelidad y sin error la verdad que Dios quiso consignar en las Sagradas Letras para nuestra salvación” (Constitución dogmática sobre la divina revelación, “Dei Verbum” n.º 11). La interpretación mesurada de estos dos conceptos: inspiración y “verdad”, nos dará esa gozosa seguridad, que todo hijo de la Iglesia debe encontrar en la posesión ungida de la Palabra.

LA INSPIRACION

La revelación del misterio salvífico de Dios, hecha por el Espíritu Santo, se nos ha dado en la Iglesia y se nos ha transmitido por la tradición apostólica. Esta tradición progresa en la Iglesia “por la contemplación y estudio de los creyentes”, por la percepción íntima de la voz de Dios que habla en lo profundo del corazón, y por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad. Nos es necesaria esa palabra exterior autorizada, para tener seguridad en el juicio de la voz de nuestro interior. Por medio de la voz de la Iglesia debe la Biblia hacerse para nosotros el pan de la palabra.

Es interesante ver cómo la Iglesia en su tradición viva ha expresado la vivencia de la inspiración de los libros sagrados. Al expresar esta vivencia nos entrega la Iglesia una de sus experiencias más íntimas, pues en ella se nos comunica la acción de Dios en la Iglesia peregrina. La tradición católica, desde los primeros tiempos, ha expresado esta acción de Dios en la plasmación literaria de la revelación,

que llamamos Sagrada Escritura, diciendo : que Dios mismo es el autor principal de la Escritura y que el escritor sagrado ha sido el instrumento vivo de esta “inspiración” del Espíritu de la verdad. Estas tres ideas : Dios-autor, inspiración e instrumento vivo se conjugan y matizan entre sí de tal manera, que limitándose y fecundándose llegan a cristalizar en esa expresión litúrgica —original de la revelación cristiana— Palabra de Dios. El hombre ha prestado a Dios la carne de su palabra, y así puede decirnos Pedro con la autoridad de jefe de la Iglesia : “debeis ante todo saber que ninguna Profecía de la Escritura es de privada interpretación, porque la profecía no ha sido en los tiempos pasados proferida por voluntad humana, antes bien, llevados por el Espíritu Santo hablaron los hombres de Dios” (II Pe 1,20).

El hombre ha prestado a Dios la carne de su palabra, el profeta es el que habla en nombre de Dios, “boca de Dios” lo llama la misma Escritura (Jer 15, 19). Palabra humana con todas sus dimensiones pero transida del Espíritu de verdad. Esta palabra será histórica, porque el hombre es un ser deveniente que va expresando su cultura evolutivamente y al expresar la palabra —a viva voz o por escrito— lo hace en unas expresiones literarias determinadas hijas de la cultura del momento que vive. Estas dimensiones histórica, cultural y literaria de la palabra humana se corresponden con una triple vertiente de la encarnación de la Palabra de Dios : encarnación en la historia del pueblo de Israel, encarnación en su cultura y expresión en géneros literarios propios.

Con este pequeño esfuerzo en descubrir todas las profundidades de la palabra, llegamos a la tarea importantísima de penetrar en la intención del autor humano, instrumento de Dios en la revelación, tarea a la que animaba Pío XII cuando en su encíclica “Divino afflante Spiritu” decía : “Pero no es muchas veces tan claro en las palabras y escritos de los antiguos autores orientales como lo es en los escritos de nuestra época, cual sea el contenido literal, pues lo que ellos quisieron significar no se determina por las solas leyes de la gramática o de la filología, ni por el solo contexto del discurso, sino que es preciso que el intérprete vuelva, por decirlo así, a aquellos remotos siglos de Oriente y con ayuda de la Historia, de la arqueología, de la etnología y otras disciplinas discierna y distintivamente vea qué generos literarios quisieron emplear los escritores de aquella vetusta edad, pues no siempre emplearon las mismas formas y modos de decir que hoy usamos nosotros”.

LA ENCARNACION DE LA PALABRA

La revelación es histórica. La Escritura es un testimonio de hechos históricos en los que Dios se revela, alguien la ha llamado “las memorias de Dios”. La acción de Dios y la promesa mesiánica se hacen siempre en medio de los acontecimientos de la vida y como historia concreta. Los hechos tienen para el pueblo de Israel la misma fuerza que la palabra. De aquí se deduce que el mensaje no esté completamente definido y determinado desde el comienzo; los libros se corrigen y complementan mutuamente al mismo tiempo que constituyen como conjunto una unidad superior. El Antiguo Testamento ha sido el camino ardiente, la marcha por el desierto, que llevó al pueblo de Dios hasta el acontecimiento definitivo que es el mismo Cristo. En esta perspectiva dinámica y evolutiva de la revelación están proyectados los discursos de Pedro y Pablo de los Hechos de los Apóstoles en los que captamos el eco suave y armónico de la predicación primitiva. No debemos

pues extrañarnos de que algunos libros no sean completos en su doctrina. La imperfección no significa error o falta a la verdad, sino precisamente esto: la incompleción. Cristo no vino a destruir la ley, sino a llevarla a su perfección (Mt 5, 17). La revelación que tiene esta coordenada temporal, que le da su sentido de "pedagogía" (Gal 3, 24) de la auténtica sabiduría, tiene también una dimensión especial. La palabra salvífica toma expresión en la cultura de Israel, una vez establecido en Canaán, país de paso al estribo de dos civilizaciones: la egipcia y la sirio-babilónica. Fraguado el pensamiento hebreo, Judá toma contacto con el mundo griego. Si es necesario conocer las culturas de Mesopotamia y Egipto para llegar a comprender el medio cultural de Israel, sería pueril reducir la cultura de Israel a la de sus vecinos; su desarrollo cultural se realizó en un marco ideológico sin equivalentes en el Oriente Medio.

El monoteísmo de Israel y el convencimiento de ser el pueblo elegido marca su originalidad. El genio de Israel es el genio intuitivo, la palabra que agarra la totalidad de las esencias de las cosas; palabra que llega hasta definir el ser personal y delimitarlo en un solo nombre: "tu serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro" (Jn 1, 42). El hebreo no hace distinciones, es el hombre de la verdad. Verdad que no interesa en su contenido teórico, ideal, sino que es la realidad misma vivida y expresada. En el conocimiento del mundo, de los acontecimientos, de los hombres, de Dios no busca tanto la fría realidad objetiva, sino la presencia real y viva de las cosas para el hombre que con ellas se enfrenta; recordamos aquí la figura de Adam dando nombre "a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo" (Gen 2,20). Cada acontecimiento tiene para el pueblo una profundidad religiosa; Dios habita en medio de Israel.

Entre todas las expresiones humanas era la palabra escrita la más adaptada a la psicología del pueblo de Dios. Otras culturas nos han dejado sus huellas en las expresiones artísticas de las llamas artes plásticas. El genio de Israel ha creado la literatura. Las expresiones literarias son concretas e imaginativas, detalladas con la intención de hacer presente al lector y revivir en él los acontecimientos. El autor recurre a figuras, símbolos, alegorías, parábolas, comparaciones. Una misma idea se talla y resalta sobre el conjunto de una narración si se repite dos veces, es el paralelismo semítico; la idea del descanso en Dios se expresa bellamente en las palabras del Salmo: "Hasta el gorrión ha encontrado una casa, y la golondrina un nido donde colocar sus polluelos: tus altares, Señor de los Ejércitos, rey mío y Dios mío" (Ps 84, 4). Para expresar la acción concreta de Dios en la Historia, el autor recurre al antropomorfismo; "oyeron después el ruido de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la brisa del día" (Gen 3, 8). "Para descubrir, pues, la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas hay que atender a los géneros literarios, puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diversas en los textos de diversos géneros históricos, proféticos, poéticos o en formas de hablar. Conviene además que el intérprete investigue el sentido que intentó expresar y expresó el hagiógrafo en cada circunstancia" (Dei Verbum n.º 12).

Este esfuerzo nuestro por llegar a comprender la misma mente del autor sagrado en sus rasgos más precisos nos hará acercarnos a la carne viva de la palabra humana que el genio de Israel prestó a Dios para su revelación. Pero no nos engañemos; de esta manera habremos penetrado en la letra de la Escritura, pero no en su espíritu. La letra es el sentido de la Escritura en su concreta situación histórica, el espíritu es el mismo Cristo y con respecto a toda la Escritura su visión cristológica. Para el que no conoce a Cristo en la Iglesia la Escritura queda velada aunque conozca exactamente el contenido literario de ésta. De aque-

llos que no leen la Escritura con los ojos de Cristo, nos dirá Pablo “que sus entendimientos están velados, y lo están por el mismo velo que continúa sobre la lección de la antigua alianza, sin percibir que solo por Cristo ha sido removido. Hasta el día de hoy siempre que leen a Moisés, el velo persiste tendido sobre sus corazones, más cuando se vuelvan al Señor será descorrido el velo” (2 Cor 3, 14-16). Cristo viene a ser una vez más la piedra angular del templo en toda su totalidad. Cada pasaje de la Escritura quedará incompleto sin su apoyo en la roca, Cristo (1 Cor 10, 4). Los mismos géneros literarios nos darán el sentido de lo descrito a la luz del todo.

Podríamos resumir todo lo dicho sobre la encarnación de la palabra en este párrafo de la Constitución dogmática, Dei Verbum del Concilio Vaticano II: “En la Sagrada Escritura, pues, se manifiesta, salva siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable condescendencia de la sabiduría eterna para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuanta adaptación de palabra ha usado teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza. Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres” (Dei Verbum n.º 13).

Los riesgos de interpretación en la concepción de la inspiración, encarnación de la palabra de Dios, han sido los mismos que se han dado en la historia del dogma cristiano de la Encarnación del Hijo de Dios. Un exceso de crítica literaria e histórica en el estudio de la Escritura, nos llevaría a considerar en la Biblia dos planos superpuestos, el divino y el humano, carentes de unidad. El prescindir de la trama humana de la palabra nos conduciría a un espiritualismo subjetivista sin atención al dato concreto.

La narración bíblica de la creación de la mujer es una de las páginas más bellas del Antiguo Testamento, en la que palpamos el genio literario de Israel, según hemos indicado anteriormente. La descripción de la creación de Adam hubiera bastado para explicar la aparición del género humano sobre la Tierra, que necesariamente comprende a los dos sexos. El texto no responde, pues, a la pregunta cómo ha empezado a existir la mujer, sino a esta otra: qué misterio encierra la diferenciación de sexos, cual es la relación que en el plan de Dios se da entre el hombre y la mujer. Hemos presenciado la salida del hombre, ser libre y personal, de las manos de Dios de una manera tan primitiva e íntima como un soplo de vida. La nueva intimidad entre el hombre y la mujer es expresada simbólicamente por el genio de Israel haciendo salir a la mujer del costado del hombre dormido. El símbolo, la costilla de Adam, no se opone a la realidad, la presencia de la mujer, sino que expresa la realidad de una forma más rica y profunda.

LA VERDAD SALVIFICA

Hemos afirmado que toda la Escritura ha sido inspirada por Dios. La consecuencia inmediata es la naturaleza divino-humana de la Escritura. En la Biblia todo es de Dios y todo es del hombre, todo viene de las manos de Dios pero pasando por el hombre. Los libros traducen al lenguaje humano el misterio de la salvación. Los libros como inspirados nos transmiten sin posibilidad de error la verdad salvífica que Dios quiso revelarnos. No nos gusta el término “inerrancia” por ser meramente negativo. La verdad está en la plenitud del ser, y la inerrancia, ausencia de error,

es una consecuencia lógica de la verdad. Así nos dirá Pablo: “toda escritura es divinamente inspirada y útil, para enseñar, para arguir, para corregir, para educar en la justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y equipado para toda obra buena” (2 Tim 3, 16-17).

Si llegamos a penetrar y comprender el sentido de la verdad bíblica, lógicamente deduciremos el sentido de la inerrancia y quitaremos toda tensión en nuestra lectura de la Biblia sabiendo de una vez para siempre cual es la verdad que la Sagrada Escritura nos quiere comunicar. Debemos distinguir la verdad de la Escritura en orden a la salvación, lo que hemos llamado verdad salvífica, de la verdad de todas las otras afirmaciones que se dan en diferentes contextos en la Escritura. La verdad salvífica se sitúa en un plano vertical, el de la relación de la Biblia con la intención divina; las otras afirmaciones están en la horizontalidad, en la relación de los relatos bíblicos con las otras concepciones del mundo, de la historia y de los hombres del pueblo de Israel. Las palabras y los hechos de la Biblia deben ser considerados desde el punto de vista de su relación al plan salvífico de Dios. (Anteriormente hemos confirmado nuestra obligación de estudiar el sentido completo de todas las afirmaciones dentro del marco histórico y cultural de Israel).

Si analizamos ligeramente el texto del Concilio Vaticano II antes aludido: “que los libros de las Escrituras enseñan firmemente con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso confirmar en las Sagradas Letras para nuestra salvación”; veremos que el término verdad está usado en singular. Es decir, no debemos buscar en las Escrituras “verdades religiosas” o verdades de orden moral o de cualquier otro orden, sin referencia a la verdad total, sino que toda la Escritura está libre de error, con tal que en su unidad y totalidad busquemos una sola verdad: la revelación del designio salvífico de Dios. Intervención de Dios en la historia, que tiene como término a Cristo vivo. El mismo Jesús nos ha dicho: “yo soy la verdad” (Jn 14, 6) “y para ésto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). Considerada la escritura desde este ángulo de visión, toda interrogante sobre la veracidad de los hechos que se narran tiene una fácil respuesta: la inspiración garantiza la veracidad de cada una de las afirmaciones bíblicas en la medida en que todas las afirmaciones tengan relación con la historia de la salvación. Con ésto no disminuimos la fuerza de la inspiración sino que la centramos en su verdadero marco. Todas y cada una de las partes de la Escritura están inspiradas, porque forman parte del todo inspirado. Todas y cada una de las partes consecuentemente nos transmiten la verdad en cuanto que están orientadas a la totalidad y unidad de la Escritura. Ahora bien, al estar las partes orientadas al todo, no podemos prescindir del mensaje salvífico al estudiar cada una de las partes en concreto; como no tiene sentido la curvatura de los distintos segmentos que integran una circunferencia sin relación a su centro.

Un ejemplo concreto aclarará nuestro pensamiento. El relato del libro de Jonás presenta tales dificultades de orden histórico, que la mayoría de los exegetas creen que se trata más bien de una narración anovelada o parábola, con la finalidad de dar a conocer la misericordia de Dios con los pecadores arrepentidos aunque sean extraños al pueblo de Israel.

Tomado el libro en su conjunto desaparece toda dificultad, el mismo Dios nos da la clave de la interpretación cuando le dice a Jonás: “Tu tienes lástima del ricino en el cual no trabajaste para hacerle crecer, que en el espacio de una noche nació y en el de otra noche pereció, ¿y no voy yo a tener piedad de Nínive?” (Jon 4, 10-11). Si iluminamos estas palabras de Dios al profeta con los relatos evangélicos

de la misericordia del Señor, parábolas de la oveja perdida y del hijo pródigo, etc., tendremos perfectamente orientado el libro de Jonás en la totalidad de la Escritura.

La verdad salvífica trasciende necesariamente, aunque la supone, la verdad histórica de un relato determinado. La responsabilidad de la narración no se centra en el puro acontecimiento, sino en la intervención de Dios en el acontecimiento. El autor tiene que investigar lo ocurrido para narrarlo; San Lucas, por ejemplo, nos dirá que ha efectuado una búsqueda minuciosa de datos (Lc 1, 1-4), pero el fin es conocer la “firmeza de la doctrina”, es decir, la verdadera dimensión de los hechos dentro del plan de Dios.

Con estas reflexiones sobre la inspiración y sentido de la verdad bíblica, podemos acercarnos de nuevo a la fuente de la Palabra librados de toda angustia y sozobra. Hemos aceptado el carácter histórico de la revelación y de ahí su perfeccionamiento progresivo, hemos captado toda la situación humana, cultural y literaria de la palabra escrita, finalmente hemos comprendido que toda la Escritura se centra en lo que Dios ha querido revelarnos: el misterio de nuestra salvación. Iluminados con esta luz de fondo desaparece toda impresión de fantasma. Desde las mismas páginas de la Escritura oímos la voz clara de Cristo: “Yo soy, no temais” (Jn 6, 20).

La verdad íntima que por la revelación se nos da, tanto acerca de Dios, como de la salud del hombre, se nos esclarece en Cristo, que es, a la par, mediador y plenitud de toda revelación.

(Cons. sobre la Divina Revelación)